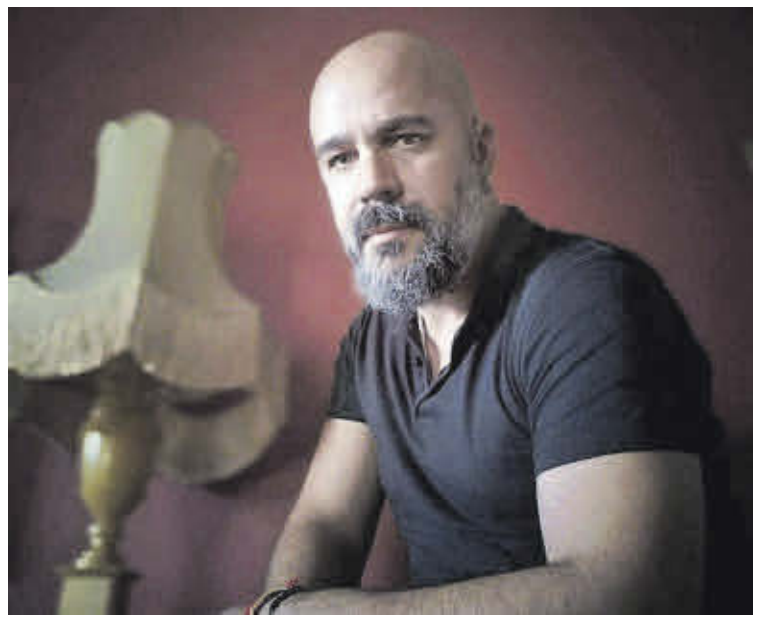
Se vende poeta

Afonso Cruz ha escrito una divertida reflexión sobre la necesidad de la belleza y una crítica al consumismo

LAURA BARRACHINA

Alta fidelidad



Afonso Cruz, autor de 'Vamos a comprar un poeta'.

Aunque soy muy feliz con mi perro, tengo que reconocerle pocas habilidades. No sabe abrir al cartero ni preparar una boloñesa y jamás me ha traído el periódico a la cama, ni siquiera unas pantuflas. Lo que sí hace muy bien es matarme del susto cuando, en la siesta, se desenrosca bruscamente de su plácida posición entre mis pies para emitir un sonoro ladrido al mismo tiempo que se tira en plancha del sofá hacia la puerta advirtiéndome a mí y de paso a toda Europa de que hay alguien en el descansillo. Siempre pienso que mi perro tiene suerte de que, por ahora, ese alguien no haya sido una amenaza real porque en ese caso no cuenta con grandes prestaciones para hacerle frente. Es pequeño, monísimo, pero no tiene gran fuerza ni afilados colmillos. Solo podría salvarnos si el punto débil del asesino fueran los perros cuquis, porque tengo comprobado tras muchas horas de parque que, en ese caso, al verlo, se lanzaría a acariciarlo y olvidaría sus violentas intenciones. Creo que por eso, si alguna vez, Dios no lo quiera, me falta mi perro, me compraría un poeta.

Podríamos pensar que los poetas tienen aún menos prestaciones que un perro porque con un poema no se disuade a un ladrón, pero sí se puede cambiar el mundo, ya saben lo que escribió Gabriel Celaya: «La poesía es un arma cargada de futuro». Es arriesgado decir que Bob Dylan paró la guerra de Vietnam con *Masters of war*, pero no descabellado; con sus canciones alimentó la creciente oposición al conflicto. Yo era una gran defensora de los poetas, pero como corren tiempos recios me estaba arrugando y volviendo una tecnócrata hasta que ha caído en mis manos un librito del escritor portugués Afonso Cruz que me ha aligerado el alma como un poema de Mary Oliver. Se llama *Vamos a comprar un poeta* (Libros del Asteroide) y con su título ya está todo explicado, más o menos.

Estamos en una sociedad que podría ser la nuestra, salvo que los personajes tienen nombres como NM792 y todas las prendas que visten están patrocinadas y absolutamente todo lo que hacen debe tener un rendimiento económico. Me releo y compruebo que nada de esto parece ficción. Un día, la niña de la familia le pide a sus padres un artista y entre todos los miembros deciden que la opción más limpia y económica es la del poeta. Poco a poco, este hombre que vive bajo la escalera y escribe versos en la pared va cambiando sus vidas, llenándolas de algo más que materialismo.

El libro es una divertida reflexión sobre la necesidad de la belleza, una crítica al consumismo y una invitación a desacelerarnos y pararnos de nuevo a mirar con el desconcierto y el asombro de los poetas, a vivir como ellos, buscando la palabra exacta, como le pasaba al poeta Halley de Love of Lesbian en esa bella canción que da nombre al disco, que escribió Santi Balmes y cuyo final recita Joan Manuel Serrat: «Acojo en mi hogar / Palabras que he encontrado abandonadas en mi palabrera / Examino cada jaula y allí / Ladrando vocales y consonantes / Encuentro sucios verbos / Que lloran después de ser abandonados / Por un sujeto que un día fue su amo / Y de tan creído que era / Prescindió del predicado».

Después de leer *Vamos a comprar un poeta* no solo me he curado de mi incipiente tecnocracia, ahora quiero un poco más a mi perro, es tan inútil y bello como los poemas que cambian a las personas que pueden cambiar el mundo.

Laura Barrachina es periodista cultural.

La lengua de la nostalgia

Fórmula poética para migrar de un español al otro

MARIANA SÁNCHEZ

Breves infinitos